

Pilar Pascual de Sanjuán: El trabajo femenino al servicio de lo doméstico

Pilar Pascual de San Juan: A Woman's Profession, housework

Ana Aguado

Universitat de València

Recibido: 10 de noviembre de 1994.

Aceptado: 20 de diciembre de 1994.

BIBLID [1134-6396(1995)2:2; 337-344]

"No nos gobiernan con ejércitos y policía,
sino por medio de las ideas".
Mora Caird, 1892.

La reflexión relativa a cómo se ha desarrollado la experiencia femenina en torno al trabajo, y de una forma específica, en torno al trabajo doméstico en las sociedades contemporáneas, nos remite necesariamente a su relación con la educación, con la *educación para el trabajo doméstico*; y por supuesto, a su relación con toda la elaboración ideológica realizada desde la filosofía, desde la ciencia, desde la medicina, desde la religión, y en consecuencia, desde su transmisión a través de la educación. Esta construcción ideológica fue elaborando, a partir de la consolidación de la hegemonía burguesa, eso que ha sido conceptualizado como "ideología de la domesticidad", por medio de la cual, a la mujer se le considera "por naturaleza" —es decir, desde paradigmas esencialistas— destinada a ser madre, esposa y cuidadora de "su hogar", es decir, destinada, por "razón de su sexo", al trabajo doméstico.

La autora cuyo texto reproducimos, Pilar Pascual de Sanjuán, es una perfecta representante de la transmisión de estos discursos de género en la España de finales del siglo XIX y de comienzos del siglo XX: la consolidación de la cultura burguesa en la España de la Restauración a través de la escuela, de la ciencia, de la moral imperante, de las formas de sociabilidad, etc.; implicó el desarrollo de una literatura normativa dirigida específicamente a la mujer —y más específicamente, a las mujeres burguesas y de clases medias, que eran las que sabían leer—, formulada bajo la forma de catecismos, libros de lecturas, libros de buenas maneras, etc. P. Pascual de Sanjuán, fue una especialista en este tipo de textos, de fuerte y explícita carga ideológica: Sus libros *La Educa-*

ción de la Mujer, Manual Epistolar para señoritas, Guía de la Mujer, Flora, o Escenas de Familia, son un buen ejemplo de los mecanismos discursivos utilizados —o más aún y si se me permite decirlo, de la violencia ideológica ejercida sobre las niñas, para consolidar unas relaciones de género que pocos años después Margarita Nelken denunciaría en su estudio sobre *La Condición Social de la Mujer en España*—. Unas relaciones basadas en principios burgueses, católicos y patriarcales, propios de la sociedad del momento y correspondientes con la filosofía patriarcal en torno a la constitución y participación en la esfera pública, que está en la base de las relaciones sociales e institucionales entre mujeres y hombres.

El texto que reproducimos, *Escenas de Familia* —del que hemos seleccionado dos capítulos, “La misión de la mujer” y “Edades del hombre. La familia”—, está publicado en 1891 y constituye una especie de enciclopedia de temas “científicos” diversos, guía moral y religiosa y “escuela de vida”, dirigida en este caso “a los niños y a las niñas” tal como se especifica en el título. El contenido ideológico del texto es especialmente significativo pues contempla una cierta alternativa laboral femenina que quiere mostrarse como “moderna”. No hay que olvidar que sociológicamente ya se está produciendo una parcial incorporación de la mujer al trabajo —fundamentalmente, de las mujeres de las clases trabajadoras—, y una parcial incorporación de la mujer a la capacitación profesional —fundamentalmente, en las mujeres de las clases medias—.

Así, en primer lugar, la autora reconoce efectivamente la conveniencia de una “instrucción” para la mujer, de un cultivo de sus facultades, pero ¿para qué?: no para competir con los hombres laboralmente, quitándoles sus puestos, sino para realizar mejor su trabajo natural de “ama de casa”. El trabajo doméstico, ya en estos momentos, se debe “aprender” por la mujer y se debe por tanto “profesionalizar”; la mujer debe ser “competente” en aquel trabajo que se le asigna: debe ser una buena “profesional” del trabajo doméstico, una buena madre, esposa y ama de casa, y por tanto, necesita una adecuada formación. ¿Cuál? Pues “ejercitarse en trabajos de aguja, en las labores propias de nuestro sexo, en la práctica del arte culinario, en llevar el gobierno de la casa”.

En segundo lugar, Pilar Pascual de Sanjuán constata cómo, en la España del momento, algunas mujeres habían logrado ya estudiar la carrera de medicina, farmacia, etc. Pero matiza que una cosa es estudiar la carrera y otra ejercerla. Si se les puede permitir estudiar a las mujeres, ejercer las carreras y trabajos cualificados continúa siendo considerado como propio del hombre: “Sólo faltaba que fuésemos nosotras a hacerles la competencia, para que no pudieran ganarse el sustento”.

En tercer lugar, la única cualificación profesional que se considera propia de la mujer es la de “maestra”, por supuesto “de primera enseñanza”: trabajo continuador de su función maternal y protectora de los niños, es el conocimiento de la “ciencia educativa” lo que permitirá a la mujer “cuidar mejor a sus hijos”

que la ignorante, llevar “mejor la contabilidad de la casa”, etc. Es decir, tener una buena capacitación profesional como “trabajadora doméstica”.

Se trata, por tanto, de una sutil adaptación del discurso de la domesticidad, pero utilizando el argumento de la importancia de la instrucción, de “la educación para lo doméstico”. Pero sin embargo, cuando hay que generalizar y hablar de “Las Edades del Hombre”, es “el joven” el que llega a la “edad viril” y necesita buscar compañera y convertirse en “padre de familia”, y en este caso no se hace ninguna mención de las necesidades de la joven.

Frente a este modelo hegemónico de mujer y su consideración social, no es gratuito que en los mismos años existan ya en España alternativas ideológicas feministas y a la vez socialistas, como la que representa María Cambrils, que en su libro *Feminismo Socialista*, (1925), replicará a Pilar Pascual con un discurso absolutamente radical y claramente feminista. Con sus palabras queremos concluir esta presentación: “Todos aquellos que al principio profetizaban la muerte del ‘eterno femenino’ con la concesión de los derechos civiles a la mujer, han errado en sus profecías. Las mujeres de nuestro tiempo no son aquellas del pasado siglo que, cual Pilar Sanjuán, recomendaban en libros como la *Guía de la Mujer* a sus compañeras de sexo, resignación en su deprimente estado de esclavas del hombre”.

* * *

PASCUAL DE SANJUÁN, PILAR: *Escenas de familia. Continuación de FLO-RA. Libro de lectura en prosa y verso, para niños y niñas*. Barcelona, Hijos de Paluzie, Editores, 1891.

Capítulo XVIII. LA MISIÓN DE LA MUJER

“Hoy le toca a V., mamá —decía Blanca—, papá ha salido y como prometió que Ud. nos hablaría del destino de la mujer, me parece que nos cumplirá la palabra, o mejor dicho, me la cumplirá, puesto que aquí no hay más mujer que yo.

—Cuando lo seas —replicó Jacinto.

—Pero vosotros no lo seréis nunca.

—Seremos hombres, que vale mucho más.

—Sobre eso hay varias opiniones, dijo la madre.

—De todos modos, estáis aquí de más —insistió la niña. (...)

—Nos quedamos pues, repuso Jacinto, y así cuando alguna joven nos pida consejo acerca de su destino y ocupaciones, le podremos contestar con conocimiento de causa, como decía mi hermanita cuando se trataba de las carreras de hombres.

—Dijo tu padre entonces, que tú, Blanca, o cualquier señorita podía obtener un título profesional, y ahora lo tenéis explicado, pues al decir que en las escuelas de niñas se enseñaba todo lo que necesita una mujer para ser buena esposa, buena madre y excelente ama de casa, debisteis comprender que habría señoras bastante instruidas para comunicar a las alumnas los conocimientos necesarios. <

Hubo un tiempo en que se creía que para ser *mujer de su casa* bastaba saber guisar, barrer, coser y remendar ropa, y a lo sumo leer y mal escribir, y aún en época no muy lejana se decía que la instrucción era perjudicial a nuestro sexo; como si la criatura humana no amase más a Dios cuanto más por sus obras le conociese; o como si las facultades intelectuales de que el Creador nos ha dotado estuviesen destinadas a no recibir cultivo ni desarrollo alguno, quedando en completo abandono tan preciosos dones, con que al igual que el hombre nos ha enriquecido.

Hoy se comprende que la mujer puede y debe *instruirse*, cultivando las facultades de que acabo de hablar, sin perjuicio de ocuparse en el *gobierno de la casa*, lo cual ejecutará con tanto mayor acierto cuanto sea menos ignorante. Dicen algunos que si nuestro sexo poseyese ciertos conocimientos desdeñaría las faenas y ocupaciones que nos son peculiares; pero si esto podía verificarse en alguna vanidosa, no sucedería de fijo en las de recto juicio, y tanto menos cuanto éste se hallara más desarrollado. Sin ser instruidas, y por lo mismo que no lo son, vemos hoy mujeres que no tocan una escoba, unos zorros, ni una plancha, ni mucho menos un puchero por no encallecer sus blancas manos; y hasta os diré que las hay capaces de abandonar sus hijos pequeñuelos a personas extrañas, por ahorrarse las molestias y trabajo de la lactancia, que marchita la tez y es causa muchas veces de que, pasando malas noches prodigando sus cuidados al tierno angelito, se levante la madre pálida y ojerosa.

Se comprende que cuide tanto de conservar la *belleza física* la que no tiene otra cualidad; pero quien posea la *hermosura del alma*, la virtud, el talento y la instrucción, dones que no se pierden con los cuidados maternos, con las enfermedades, con la vejez, ni aún con la muerte (pues acompañan siempre a su espíritu inmortal), ésta no debe temer que el cumplimiento de sus deberes marchite sus atractivos.

Vosotros tendréis noticia de la revolución española de 1868.

—Sí, señora —contestó Jacinto— hemos leído eso en nuestro compendio de Historia de España: destronaron a D.^a Isabel II, convocaron Cortes constituyentes y...

—Calla, calla, no te han preguntado tanto, interrumpió Basilio.

—Pues bien, cuando en una nación tiene lugar uno de estos acontecimientos, se llevan a cabo en poco tiempo reformas que debían ser obra de muchos años; y como la opinión no está preparada ni ha llegado la sazón oportuna para tales reformas, son como las primeras flores de la primavera que, anticipándose a la estación, mueren de frío en la primera noche de escarcha.

Digo esto, porque a raíz de la revolución de septiembre, es decir, en el año próximo de 1869, el Gobierno provisional del Duque de la Torre dictó un decreto para que las mujeres pudiesen matricularse en Institutos y Universidades y cursar cualquier carrera lo mismo que los hombres. Apresuráronse algunas jóvenes, no muchas a la verdad, a usar del permiso concedido; pero fue lo bastante para probar que la debilidad física, que se atribuye a nuestro sexo, y la viveza de imaginación de que, sin disputa, nos hallamos generalmente dotadas, no están reñidas con la disposición para aprender una ciencia cualquiera, ni con la perseverancia en el estudio.

Decía que tales progresos son como flores de primavera, y en efecto, otro decreto dictado poco después de la restauración, dispuso que las alumnas matriculadas para los estudios de segunda enseñanza o de facultad continúasen, si querían, hasta terminar la carrera; pero que no se admitiesen nuevas matrículas.

En aquel corto período llegaron a obtener el doctorado en medicina algunas señoritas que cursaron con brillantes notas, otras estudiaron farmacia, se de alguna que ha concluido la carrera de ingeniero o no se si diga ingeniera industrial, y otra de profesora mercantil.

Creo, a pesar de todo, que el seguir una de estas carreras y sobre todo el ejercerla es más propio del hombre que de la mujer; si bien, la farmacia por ejemplo, o la medicina tratándose especialmente de enfermedades de señoras o de niños, la podría desempeñar una persona de nuestro sexo; pero siendo muy cierto, como decía tu papá, que sobran hombres de carrera, y ninguna de ellas da de sí lo suficiente para que vivan todos los que a su ejercicio se dedican, sólo faltaba que fuésemos nosotras a hacerles la competencia, para que no pudieran ganarse el sustento.

En Inglaterra, en los Estados Unidos y en Alemania es bastante frecuente que una señorita obtenga el bachillerato, la licenciatura y hasta el doctorado en cualquier facultad; en nuestro país, puede decirse que no hay más carrera para las jóvenes que la de *maestra de primera enseñanza*, carrera que, si no enriquece a la que a ella se dedica oficial ni privadamente, ofrece un medio muy decoroso para vivir del producto de su trabajo a una viuda, a una huérfana o a la hija de padres acomodados, a quienes ayudaría y sostendría en la ancianidad, teniendo al propio tiempo la dulce satisfacción de ejercer la más noble de las profesiones: el sacerdocio de la enseñanza; tomando las niñas de manos de sus padres, que delegan en ella su autoridad y le entregan criaturas siempre ignorantes y muchas veces llenas de vicios y de defectos, para que las devuelva en su día hacendosas, corregidas de sus faltas, modificadas sus inclinaciones aviesas e instruidas en todo lo necesario para hacer la felicidad de su familia.

—Yo había oído decir —dijo Blanca— que también había chicas que estudiaban y hacían oposiciones para *la carrera de telégrafos*.

—Así es en efecto, pero hoy por hoy, la joven que a esto se dedica no pasa de *auxiliar*, y no creo que en lo sucesivo ofrezca tampoco ese cuerpo un gran porvenir para nuestro sexo.

—Papá no nos dijo nada de la carrera de telégrafos —dijo Basilio.

—Ya lo observé —respondió la madre— quizá fue un olvido suyo, acaso le faltó tiempo, o sería que considera estos *empleados* y los de *Correos* como los demás de las *oficinas del Estado*.

—¿Y es buena esa carrera de empleado?

—Según: la de *Telégrafos* no es mala, porque está constituida en cuerpo facultativo, requiere estudios especiales, se ingresa en ella por oposición y se asciende del mismo modo; pero en la mayor parte de las oficinas de la Nación, empezando por las de los *ministerios* y concluyendo por las de los *ayuntamientos*, como se entra casi siempre por favor o recomendación, sucede muchas veces que en los cambios políticos quedan *cesantes* muchos empleados, cuyas plazas se aprovechan para colocar a los amigos, parientes y recomendados de los nuevos *jefes de oficina* (...).

Decía pues, que la carrera única a la cual puede dedicarse una señorita, no con gran lucro, pero sí con mucha honra y decoro es la de maestra de primera enseñanza; por lo demás, su instrucción puede ser tan alta como permitan las facultades intelectuales de cada una en particular, y el tiempo y los recursos materiales de que puede disponer durante su primera juventud; pero bien entendido, que los estudios a que se dedique nunca deben impedirle el que se ejercite en *trabajos de aguja*, es decir, en las *labores propias de su sexo*, y sobre todo, que adquiera práctica en el *arte culinario*, que sepa *limpiar un habitación, hacer una cama y llevar el gobierno de la casa*.

Los partidarios de la ignorancia de nuestro sexo suponen que a estas últimas cosas únicamente debemos consagrarnos, pero a mi me parece poco, para llenar la existencia de un ser espiritual e inteligente, ese trabajo material y rutinario de la plancha, la aguja y la escoba, y más poco todavía para ponerse a una altura no muy inferior a la del esposo que se elige por compañero, y algo superior a la de los hijos que se están educando y cuya dirección Dios nos confía.

Creo también que la mujer que ha aprendido lo suficiente para ponerse al frente de un establecimiento de educación, cuidará de sus hijos mejor que la ignorante que sólo posea el ciego instinto de la maternidad; que la que tenga algunas nociones de *higiene*, de *fisiología*, etc., cuidará mejor a un enfermo que la que sólo por rutina ejerza este útil y sagrado ministerio; que la que sepa *aritmética* llevará mejor la contabilidad de su casa y ajustará con prudente exactitud los gastos a los ingresos; que con estos conocimientos y algunos otros, estará en el caso de aconsejar a su marido y aún de sustituirle en caso de ausencia o enfermedad según la profesión a que aquél se dedique, y, sobre todo, que en el día de la viudez y la orfandad, la mujer instruida tendrá más medios de libertarse de la miseria que la que se halle sumida en la ignorancia.

Suponen los adversarios de la ilustración femenina que la mujer en tales condiciones perdería algo de la dulzura de su carácter; pero no hay que abrigar semejantes temores, pues la que tenga un corazón sensible, la que sea modesta, afable y cariñosa por naturaleza, nada desmerecerá por cultivar su inteligencia: creer lo contrario valdría tanto como suponer que la flor que se

cuida y se riega pierde su perfume; que el diamante pulido no es piedra tan rica como el que se halle en bruto, o que el género de un vestido no es tan fino y tan suave porque le hayamos dado elegante forma.

La misión de la mujer es ser respetuosa hija, amable esposa, madre previsora y prudente ama de casa, y tanto mejor cumplirá estos deberes cuanto mejor se haya educado su inteligencia y su corazón. Por lo demás, por instruida que sea una señora, como quiera que sus deberes la retienen en el hogar, y los libros no le privarán de atender a cosas tan gratas como necesarias, experimentará un placer al coser la ropa blanca de su marido, al bordar y guarnecer con encajes las camisetas del niño de pecho, al cortar y coser el traje de la niña y al ejecutar tantas y tan variadas labores como podemos hacer en el día, gracias a los adelantos que en este ramo se introducen y que son el encanto de la mujer hacendosa.

—Como hace V., querida mamá, que trabaja tanto y tan primorosamente... (...).

—Ahora, hijos míos, idos a recoger; pero no os entreguéis al descanso sin antes dar gracias al Todopoderoso porque entre el maravilloso número de seres que ha creado, nosotros pertenecemos a la única especie dotada de inteligencia, sensibilidad y voluntad, a la única capaz de conocerle, amarle y servirle (...).

* * *

Capítulo XXI. EDADES DEL HOMBRE. LA FAMILIA

Al siguiente día el padre de Blanca, fiel a su promesa, reanudó la conversación de la vispera, en los términos siguientes:

—El niño, en su primera infancia, es quizá el más torpe de los animales: (...) el niño recién nacido espera inmóvil en el blando lecho que la previsora madre le preparara, que esta misma cariñosa madre introduzca el pezón en sus labios y le haga tragar algunas gotas de leche. Desde entonces es objeto del cariño y de los cuidados de la familia: necesita mamar varias veces al día, reposar en una cama o cuna en habitación que tenga la temperatura conveniente, mudarle la ropita siempre que lo exija la limpieza y otras muchas cosillas, que la infancia requiere, pero que a veces exagera la excesiva ternura de la madre. Sin embargo, la época de la dentición es penosa para los parvulillos (...). La madre, inclinada sobre la cuna o colocando la criatura en su regazo, mitiga los dolores del chiquitín con sus caricias, o le adormece con dulcísimos cantares.

¿Dónde está el padre entonces? El padre está en la cátedra, en el laboratorio, en el taller, en la oficina, en el campo manejando la azada o el arado, o en el de batalla defendiendo su hogar de la invasión extranjera; tal vez cruzando los mares; pero donde quiera que esté, su pensamiento se halla fijo en aquellos seres queridos, su imaginación le presenta el momento en que los

estrechará en sus brazos, y pondrá en manos de la mujer amada el fruto de sus afanes y trabajo, para que nada falte al sustento, al abrigo y al regalo de los dos (...).

La madre o la maestra de párvulos comienza poco después a darle las primeras nociones del bien y del mal, dirige sus sentimientos y pone en sus labios las primeras oraciones (...). La protección y el cariño de sus progenitores le siguen a la escuela o colegio; los buenos padres no escasean gastos ni diligencias para que los hijos aprendan y se eduquen convenientemente (...) ¡Cuán culpables son los padres que, en vez de obrar de este modo, colocan a los niños, y hasta a las niñas, en una fábrica o taller, donde reciben un mezquino jornal, premio de un trabajo superior casi siempre a sus débiles fuerzas, privándolos de la educación e instrucción, que es alimento del alma! (...). Después, el adolescente sale de la escuela para continuar su estudio en otro establecimiento, o se dedica a un arte u oficio, según las circunstancias; y la adolescente queda en el hogar paterno, que hermosea y anima con su presencia.

La madre, que pasaba sola las largas horas que la niña permanecía en el colegio, ya tiene a su lado una mujercita que le ayuda en los quehaceres domésticos. Ya cuida a sus hermanitos pequeños, que encuentran en ella a una segunda madre, ya embellece la habitación con las preciosas labores de sus manos, y todo acusa la presencia de una jovencita, que confirman la franca risa y los alegres cantares que salen de su rosada boca (...).

A los veinticinco años el cuerpo ha llegado a su completo desarrollo y la razón y el juicio también; regularmente se ha concluido una carrera o se ha aprendido un oficio. Entonces el joven, que ya se halla en la *edad viril*, siente la necesidad de *buscar una compañera* con quien compartir sus satisfacciones y sus pesares. Otra familia se constituye: *el hombre es pronto padre de familia (...)*'.